

son verídicos cuando nos cuentan sus obras extraordinarias? Son los mismos, es el mismo estilo.

Los Evangelistas *no tienen mas pretensión que escribir la verdad*. Hacen profesión expresa de esto. Bien claro lo dice S. Lucas y el mismo S. Juan.

San Lucas encabeza así su obra: “Ya que muchos han tratado, de ordenar la narración de los hechos que se han verificado entre nosotros, conforme los hemos oído referir a aquellos que desde el principio fueron testigos de vista y ministros de la predicación; parecióme a mí también, óptimo Teófilo, escribírtelos ordenadamente, después de un exacto examen desde su primer origen.”

Unico fin de S. Lucas es exponer lo que ya han contado otros, pero lo que ha sucedido y es público en el mundo en que escribe. Lo que ha aprendido Teófilo y en lo que ha fundado su fe. Para eso reúne datos, estudia la historia, la oye de labios de testigos.

San Juan parece que preveía las objeciones de la Crítica racionalista moderna. Por esto protesta al fin de su obra de la veracidad y exactitud de su contenido. “Y quien lo vió es quien lo asegura y su testimonio es verdadero. Y él sabe que dice la verdad y lo atestigua para que vosotros también lo creáis”³.

Y en la carta de presentación de su Evangelio proclama solemnemente que su obra es el eco fiel de cuanto ha visto y experimentado con Jesús.

“Lo que fué desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, y contemplamos, y pal-

(3) 19, 35.

paron nuestras manos tocante al Verbo de la vida: Vida que se hizo patente, y así la vimos, y damos de ella testimonio, y os evangelizamos esta vida eterna, la cual estaba en el Padre y se dejó ver de nosotros. Esto que vimos y oímos, es lo que anunciamos, para que participéis con nosotros y nuestra participación sea común con el Padre y con su Hijo Jesucristo”⁴.

No se habla aquí de especulaciones y meditaciones teológicas, como quiere ver la Crítica racionalista en el Evangelio de S. Juan, no se habla sino de sentidos, de verdades de experiencia, todo lo que se narra se ha visto y se ha palpado, se ha oído. No podía S. Juan decir de una manera más gráfica y clara que él no ha inventado, sino que ha cogido las cosas del campo de la realidad objetiva. Tres sentidos toman parte en esta recolección de hechos: el oído, la vista y las manos. Se ve, se oye y se palpa. Se ha observado cómo en el Evangelio de la Resurrección no nos cuentan el descenso del alma de Cristo a los infiernos, el momento mismo de la Resurrección, la entrada triunfante en el cielo. Fieles a su papel de testigos, sólo nos cuentan *lo que ellos han presenciado*: las apariciones del Resucitado y su subida al cielo hasta el momento en que se interpone la nube.

Tenemos por tanto que los autores son testigos y contemporáneos por lo menos, que nos aseguran de su imparcialidad y objetividad histórica, de su intención de hacer historia y no literatura amena, de dar testimonio de lo que han visto, oído y palpado. ¿Cabe

(4) Jn. I, 1-3.

mayor garantía de que no ha habido mezcla de subjetivismo e idealización?

Son testigos nuestros Evangelistas en un doble sentido. *Han visto lo que escriben mueren por confesar lo que han visto*. Mueren mártires, confesando los hechos y la doctrina de Jesús. A quien ve lo que escribe y después se deja matar libremente por mantener lo que ha escrito, ya se le puede creer.

Si no vale la fe humana en este caso, es que no existe.

“Creo de buen grado las historias cuyos testigos se dejan ahorcar” (Pascal).

Hay un aforismo en ética que dice: *Nemo gratix mendax*, nadie miente sin interés. La psicología de la mentira es siempre interesada.

En nuestros autores no se prueba qué interés pudo motivar la mentira.

Aunque ha habido alguna cabeza radical que trató a los Evangelistas de impostores, hoy nadie lo cree. No hay fundamento para tratarlos así. A su impostura no se le asigna un justificante psicológico, un móvil.

Es más, la impostura no se adapta a la probidad de las personas, a la inocencia campesina de sus autores, al candor sencillez de la narración.

Menos se adapta todavía a la pertinacia con que sostienen la mentira y la sangre fría con que la predicaban, la convicción profunda con que la sostienen hasta el suplicio y la muerte, por todos los ámbitos del imperio.

A aquellos pescadores, que no habían tenido más horizontes que los estrechos del Lago de Galilea

-208 m. bajo el nivel ordinario del Mediterráneo- se les ocurre un día ponerse todos de acuerdo sobre el mito de Jesús, sobre una nueva religión fundada toda ella en la divinidad de un artesano y de un crucificado, salir de su aldea, cruzar los mares, correr el mundo y predicar lo que para sus compatriotas será escándalo y para los civilizados griegos y romanos una locura. Si algo pueden esperar de esta patraña y osadía, es acabar en la cárcel y en la cruz, como de hecho sucedió.

La mala fe no cabe en los Apóstoles, no cabe en cabeza humana, en cabeza de pescadores que dejan su lago, su barca, su mujer, sus hijos, su patria, su lengua y se dedican los Doce a buscar la fortuna... ¿Uno? ¡¡¡Los Doce!!!

Nuestro siglo muestra un poco más de sensatez que el pasado. Alucinados, pase; pero impostores, no. Equivocados, pase; mentirosos, no.

4. La historicidad y el examen interno de los Evangelios.

Preguntemos ahora a los Evangelios mismos si ellos nos dan la figura de Jesús tal y como fué en su corta estancia entre nosotros, o si nos la dan más bien envuelta en los contornos esfumados de la leyenda.

Si se examina el *marco externo* en que encuadran la vida de Jesús, se ve enseguida que es totalmente histórico y armónico con todos los demás documentos de la historia, de la literatura y arqueología. El estado religioso, político y social del judaísmo es el que ha-

bía al empezar nuestra era. Con la particularidad de que pocos años después, el 70, cambió radicalmente.

“La sociedad palestinense anterior a estas grandes conmociones y en un estado de relativo equilibrio, es la que nuestros Evangelios... suponen constantemente y pintan con una exactitud que maravilla. El horizonte es limitado, el de Galilea o el de Judea. Todas las alusiones dicen relación a las costumbres, al lenguaje, los hábitos de espíritu y las condiciones políticas que prevalecían bajo el hijo de Herodes. Aquel pequeño mundo revive con el increíble eslabonamiento de sus autoridades imperial, real, nacional aristocrática. La magistratura del Sanhedrín es todavía competente y temible: es capaz de arrojar de la sinagoga, de azotar, de perseguir a los delincuentes. Los cambios visibles y lo que se podría llamar la danza de los sacerdotes en las manos de Agripa y de los procuradores romanos después, no ha comenzado todavía. Los partidos tan característicos... se disputan ya la influencia: Saduceos llenos de altivez, Herodianos oportunistas, Fariseos y hasta Zelotes. Pero todavía no se habían levantado los unos contra los otros, como lo hicieron en el tercer cuarto del siglo, y los extremistas no dominan aún. Todo el aparato ritual, social e internacional del templo, los sacrificios, los impuestos del culto, las fiestas, las solemnidades, son respetados, consagrados, están en pleno esplendor. El sabatismo exagerado de los casuistas, el lujo insolente de las grandes familias sacerdotales, la afectación de los puros, orando en las plazas, exagerando la extensión de sus franjas y la amplitud de sus filacterias; la auto-

ridad de los escribas y doctores, sentados apaciblemente en la cátedra de Moisés; todo nos remite a una sociedad aún no dividida profundamente, ni amenazada e incierta del porvenir, a un judaísmo todavía floreciente del segundo cuarto de nuestro siglo”⁵.

La forma externa de los Evangelios, su estilo y lenguaje, es también una garantía de historia y veracidad.

El estilo es siempre sobrio, sin artificio, sin pasión. Es sobre todo fragmentario, que supone muchos hechos ya conocidos de antemano por sus lectores; que no une o empalma lo que sigue con lo que precede. Las personas en su mayoría pasan por la escena sin que se nos diga una palabra sobre su cuna y su sepulcro.

Así sólo escriben testigos, contemporáneos de los hechos y las personas y para lectores que conocen el teatro y el conjunto de la narración. Un novelista ciertamente no hubiera escrito de esta manera tan sobria y tan fragmentaria.

Si lo que escriben los Evangelios no tuviese su apoyo en la realidad misma de las cosas, si se tratara de una historia inventada, hubiera sido menos sobria, más completa y redondeada, el autor hubiera hecho una obra literaria perfecta y armónica en su todo y en sus partes.

Quien conoce los hechos en su realidad, quien los ha visto y vivido, puede más fácilmente descuidarse en la narración sobre su mutua unión y trabazón.

(5) *L de Grandmaison*, 141/2.

El ve la unión en su mente, la tiene porque la ha visto y la presupone en el escrito. Quien escribe de lejos se preocupa al escribir de hacer ver la trabazón de unos episodios con otros. La tarea más ardua para el biógrafo de Jesucristo es mostrar la sucesión de los hechos y cuadros que nos han dejado los Evangelistas. Los Evangelios no son una vida de Jesús, sino cuadros tomados de la realidad para robustecer y edificar a los fieles, que precedentemente se habían conificado al Crucificado por la palabra de los Doce.

El lenguaje de los Evangelistas nos revela la misma objetividad y probidad. Nos han conservado términos que no se usaban ya cuando ellos escribieron. Usados solamente en vida de Jesús y por esto ellos los reproducen. *Hijo del hombre*, *hijo de David*, *reino de los cielos* son términos que desaparecieron con la Ascensión de Jesús. En la comunidad cristiana Jesús era invocado con el nombre divino de “Señor”; “la Iglesia” había sustituido al “reino de los cielos”.

Desde que Littmann probó que el texto arameo del Padre Nuestro deja entrever un ritmo de cuatro tiempos, va tomando cada día más cuerpo la idea de que la forma rimada llega hasta los labios mismos de Jesús y que en el tenor arameo del Padre Nuestro podemos leer las palabras precisas y genuinas de Jesús en su sonido originario ⁶.

Recientemente Siervers ⁷ ha creído poder establecer con el análisis de los sonidos que S. Pedro y San

(6) *Edelsheim*, Das Evangelion nach Markos, Leipzig, 1931, p. 2.

(7) *Der Textaufbau der griechischen Evangelien klanglich untersucht*, Leipzig, 1931, p. 56.

Juan tuvieron una parte muy preponderante en la formación del texto de los Evangelios. Tanto el contenido como la forma sería obra principalísima de los dos grandes Apóstoles e íntimos de Jesús.

Tienen tal conciencia de su responsabilidad como historiadores, que S. Lucas, por ejemplo, griego de nación, se guarda muy bien de dar una forma literaria griega al contenido de las fuentes judío-cristianas que utiliza para la narración de la Infancia. Prefiere traducir para la narración el texto arameo.

El contenido mismo de los Evangelios es la prueba mejor de su exactitud histórica, de su fidelidad.

Hablan los adversarios de una evolución doctrinal en los años que siguieron a la muerte de Jesús y que los Evangelios nos dan este estadio dogmático, no el histórico de los labios de Jesús. La genuinidad y antigüedad de las cartas principales de S. Pablo ninguno de ellos osa negarla. Todas son anteriores al año 66/67.

Pues bien, *la doctrina* de los Evangelios representa un estadio más primitivo que el de las cartas. El dogma y la moral cristiana ha evolucionado más en S. Pablo que en los Evangelistas. No es que haya contradicción entre S. Pablo y los Evangelistas, sino que lo que en los Evangelios es mera semilla, en San Pablo tiene ya hojas y flores y aun frutos. La doctrina de la redención, tan capital en el cristianismo, está en los Evangelios mas en germen y en esbozo; aplicaciones prácticas, aparecen en las cartas muy articuladas y aun supuestas.

Mucho más significativo y transcendental es la concepción que reflejan los Evangelios sobre el dogma fundamental de *la mesianidad y divinidad de Jesús*.

No nos dan la concepción plena y desarrollada de los cristianos en la época en que escriben, sino la concepción de los Apóstoles y discípulos en vida del mismo Jesús, antes de Pentecostés.

Si los Evangelios no tratasen de escribir una historia conforme con el tiempo y los hechos que describen, lo obvio era que hubiesen tomado normas y posiciones según la fe y creencias que los envolvía al escribir. Cuando ellos escriben, nadie duda en la mesianidad y divinidad de Jesús.. Los Apóstoles la predicen a cara descubierta y sin miedo a los azotes y las cárceles. Los fieles la aceptan y mueren por ella. Jesús no es ya "*el Hijo del Hombre*", sino "*el Señor*" título con que los judíos helenistas traducían al griego el nombre hebreo de Dios.

En la hipótesis evolucionista de nuestros adversarios, los apóstoles y discípulos debieran en nuestros Evangelios poseer el mismo grado de fe y seguridad y claridad sobre la persona del Maestro que tuvieron después, cuando empezaron a predicar. Así acontece en los Apócrifos. Nadie duda aquí o vacila sobre la divinidad de Jesús. Ya en su infancia se muestra no como un niño cualquiera, sino como un niño prodigio, un niño Dios, tal y como lo concebía la mente cristiana de los siglos II y III. Dios omnipotente que juega con las cosas y con las leyes de la naturaleza.

No es este el carácter de los Evangelios canónicos. Hubieran podido orientar su narración de modo que desde un principio Jesús se hubiera dado a conocer con toda claridad como Mesías- Dios, y los Apóstoles lo hubieran así entendido desde un principio. Por lo menos

hubieran podido acentuar, incluso sin faltar a la historia y veracidad, los rasgos que confirmaban la fe cristiana de la segunda mitad del siglo I. Colorear la narración histórica en los rasgos de la mesianidad y divinidad que no faltaban ciertamente.

Si los Evangelios se hubiesen formado de la leyenda, de la evolución dogmática, si hubiesen reproducido el Cristo de la fe y no el de la historia, hubieran tenido que acentuar mucho más la mesianidad y divinidad de Jesús, hubieran tenido que suprimir todas las dificultades, todas las vacilaciones y desconfianzas de los discípulos primeros de Jesús.

Pero sucede todo lo contrario. Los Evangelios nos presentan unos apóstoles que no entienden la misión divina de Jesús, que no entienden su persona, se resisten a creer en ella, a creer incluso en la prueba máxima, la Resurrección. Hasta momentos antes de subir Jesús a los cielos están con sus ideas rastreras de un reino temporal, de un Mesías conquistador y debelador de enemigos, de un Mesías nacional y judío.

Jesús se revela gradualmente, va preparando las mentes de los discípulos. La revelación de la mesianidad y divinidad es toda vida e historia de Jesús.

Según las ideas que se había formado el pueblo, los discípulos de Jesús esperaban un Mesías terreno, conquistador, que no debía sufrir: "Lejos de ti la muerte"⁸. "Haz que mis dos hijos se sienten en tu reino uno a la derecha y otro a la izquierda"⁹.

(8) Mt. 16, 22.

(9) Mt. 20, 21.

La muerte de Jesús dió al traste con todas las esperanzas que habían concebido. "Nosotros esperábamos que iba a libertar a Israel..."¹⁰.

Esta idea equivocada de un Mesías terreno no debían los Evangelistas haberla reproducido, si no hubiesen tenido conciencia de su misión de historiadores.

Podían haberla suprimido incluso por motivos justos, como la de evitar confusión en sus lectores neófitos, ahorrar bochorno a los Apóstoles que eran los maestros y doctores de la nueva religión.

En el dogma de la divinidad tiene más fuerza esta observación.

La divinidad de Jesús es la piedra de escándalo de los Racionalistas. Precisamente porque Cristo aparece o se deduce Dios de los Evangelios es por lo que no quieren concederles la historicidad. Pues bien, si los Evangelistas inventasen la divinidad de Jesús, si deformasen el Cristo de la historia para darnos el Cristo de la fe de su tiempo, hubieran necesariamente tratado de otra manera el punto de la divinidad, la hubieran expresado de una manera mucha más clara. Esto vale incluso para el cuarto Evangelio, pero sobre todo para los tres primeros.

Los Sinópticos, mientras nos pintan con los colores más vivos la humanidad de Jesús, nos dejan clara su divinidad, pero entre nubes y sombras de flaquezas, dolores y humillaciones.

Loisy ha escrito: "El Cristo de los Sinópticos es una criatura de carne y hueso que conversa con los

(10) Lc. 24, 21.

hombres, como si fuese uno de tantos... Habla y obra como hombre. Se sienta a la mesa del fariseo y del publicano; deja que se le acerque la pública pecadora; se distrae amigablemente con los discípulos; es tentado por el diablo; se entristece en el huerto de Getsemaní; obra los milagros llevado de un sentimiento de compasión y más que a publicarlos y utilizarlos, como argumento de su misión divina, propende a ocultarlos. Tranquilo y digno ante los jueces, se deja golpear e insultar. El grito que lanza poco antes de expirar, es el grito de angustia y agonía. Aunque de sus palabras, de sus obras, de sus mismos dolores se desprende algo grande y divino que lo pone por encima de lo común y vulgar de los hombres, no es menos cierto que cuanto hace y dice es netamente humano y penetrado, si cabe el término, de realidad humana”¹¹.

San Juan, que insiste más en la divinidad de Jesús, acentúa también de una manera gráfica su humanidad. Jesús se cansa, tiene sed y pide agua, se conmueve en su interior y llega hasta a llorar de compasión y pena por las lágrimas de Marta y María, por la muerte de su amigo Lázaro. La Pasión está en S. Juan descrita con más detalles que en los mismos Sinópticos.

“Todos los Evangelios se atienen en el fondo a un mismo punto de vista. La diferencia entre Marcos y los otros dos Sinópticos de una parte y S. Juan de otra, no es una diferencia sustancial sino accidental, de más y de menos dentro de la misma línea y plano”¹².

(11) *Le quatrieme Evangile*, París, 1903, p. 72.

(12) *O. Pfeleiderer*, *Das Urchristentum, seine Schriften und Lehren*, Berlín, 1902, I, p. 666.

Esta es la realidad de los Evangelios. Que insisten más en la humanidad de Cristo que en su divinidad. Que en vez de divinizarlo, lo humanizan. Nos cuentan sus debilidades corporales sin miedo ni amortiguaciones, sin temor a escandalizar u horrorizar a sus lectores que lo adoran por Dios.

Si los Evangelios fueran la expresión de la fe cristiana y no de la historia, hubieran hecho los Evangelistas lo que hicieron algunos copistas con aquellas perícopas que ocasionaban malas inteligencias o servían de escándalo a lectores mal avisados y tímidos. Suprimirlas. Por esto existen códices de los Evangelios que suprimen el sudor de sangre y el trato que Jesús dió a la adúltera.

Los Evangelistas hubieran suprimido mucho más. Todo aquello que cede en desdoro aparente de la divinidad ¿A qué insistir tanto en su pasión y muerte? La narración más detallada de todos cuatro.

Hubieran debido rebajar los colores humanos de Jesús y acentuar los divinos. Cuando no proceden así, es que nos presentan una fisonomía de Jesús de tipo completamente primitivo y no adulto, como hablan nuestros adversarios; un tipo histórico y real y no un tipo de pura fe sujeta.

Es notablemente digna de atención la *unidad doctrinal* que reina entre todos los documentos cristianos. Divergencia en pormenores que no tocan la moral y el dogma, pero unidad absoluta en la doctrina. Esta unidad no tiene más que una explicación posible, como nota recientemente Dulau¹³: todos los he-

(13) Divus Thomas, 43 (1940) 45.

raldos del mensaje cristiano no son ni quieren ser otra cosa que ecos. Su predicación se une a la de Cristo mismo y al Espíritu Santo que completó su instrucción y les dió el sentido de Cristo. La unidad doctrinal del N. T. no es el resultado de laboriosa uniformación de doctrinas. No se debe al triunfo de una concepción sobre varias otras a las que superó el vigor excepcional y el genio de su defensor. No hay traza histórica de esta evolución. La herejía aparece siempre como una disensión, como una desviación doctrinal de lo recibido, del depósito que Cristo dejó confiado a los Apóstoles. El contacto y educación con la realidad histórica es la que explica la unidad doctrinal neotestamentaria.

Si se examina el carácter y la figura moral del Cristo de los Evangelios, queda uno plenamente convencido de que no es invención humana, obra de leyenda y de transformación, de sentimientos o de cálculos fríos, sino obra de Dios, realidad histórica y divina.

El contenido del mensaje cristiano no tiene par ni raíces extrínsecas ningunas, ni en el mundo judío, ni en el griego, ni en ninguna otra esfera.

La sustancia de *la fe cristiana es algo enteramente nuevo en la historia de la humanidad*. Por esto no se puede considerar como creación humana ni como producto de la fe cristiana.

Cabe la deificación de un personaje puramente humano y hay casos en la historia. Un proceso natural y espontáneo o un arte estudiado y rimado pueden dar origen a una apoteosis. Pero ninguno de estos ca-

sos tiene parecido y aplicación en la glorificación de Cristo.

En la fe de Cristo no hay glorificación progresiva, no se trata de la glorificación de un ser puramente humano, sino más bien de la profesión de fe en la divinidad de un ser que sigue siendo hombre total, hombre completo como nosotros. El misterio cristiano está precisamente en el hecho de que Jesús sin dejar de ser hombre es también Dios. Paradoja parece, pero esta es la fe cristiana en Cristo, Dios-hombre. Precisamente por esto faltaba a los Evangelistas y Apóstoles, a la primitiva comunidad cristiana, un estímulo dogmático para glorificar a su héroe.

Su interés dogmático tiende más bien, como hemos visto, a la humanización de Jesús. ¡Siendo Dios sufre hambre como nosotros, llora, se lamenta del abandono divino y muere!

En la historia de las religiones falta paralelo. En las religiones en que los héroes acaban escalando el trono de la divinidad, desaparece por completo el elemento humano. Cuando Antinoo, favorito del emperador Adriano, muere ahogado en el Nilo, tan pronto como es adorado por Dios, se convierte en Osiris. El resultado de la divinización nunca es un hombre-Dios, sino un puro dios. Jesús aun después de resucitado come y bebe, tiene cuerpo palpable, conserva las cicatrices de los clavos...

Otro punto fundamental en el dogma cristiano es este: Cristo no es uno de tantos dioses, uno entre muchos. Jesús es el único Dios verdadero, el único, el Dios del cielo y de la tierra. Es el Dios del Antiguo Testa-

mento y del Nuevo, el Creador del mundo en el principio y el Redentor de los hombres en los tiempos novísimos.

No hay caso igual en toda la historia de las religiones. En todos los dioses que nos representan las leyendas clásicas bajo formas humanas, se trata siempre de uno de tantos dioses... o diosas.

La descripción que de Jesús hace S. Juan en su prólogo es caso único.

Y por esta fe los cristianos sufren el martirio. Y cuando la filosofía griega trata de penetrar en el cristianismo y surgen los grandes heresiarcas, el orbe cristiano se conmueve, viene la reacción tradicional y el cuerpo cristiano se deshace al fin del mal humor, que no responde a su complejión, porque no está conforme con "lo recibido".

La encarnación de Cristo no tiene parecido con las encarnaciones paganas. No tiene ningún contacto con la fe judía. El judaísmo era un punto luminoso en medio de la esfera negra del paganismo. El tesoro nacional más rico y guardado por siglos era el monoteísmo.

"Tu Señor, oh Israel, es el único Dios."

Decir que Jesús era Dios, era una blasfemia. Un Dios-hombre quedaba por encima de las mayores esperanzas mesiánicas. Ni lo entienden en un principio los mismos íntimos de Jesús. La cruz de Jesús, Mesías es para los judíos escándalo. De modo que la divinidad de Jesús hombre y la cruz de Jesús Mesías no cabía en la mentalidad judía. Y sin embargo es el centro del cristianismo, de los Evangelios. Esto ¿qué quiere decir? Que el contenido sustancial de los Evangelios,

si no pudo salir de la filosofía pagana, griega o romana, tampoco pudo salir de la teología judía. Los Evangelistas, judíos en su mayoría, no pudieron inventar la figura de Jesús, Dios-hombre. Mesías crucificado.

La salvación del mundo por medio de un Hombre-Dios, por medio del dolor de Dios, es cosa totalmente superior a la concepciones humanas de la época en que salieron los Evangelios. Y todo escritor es hijo de su época.

Si la figura de Jesús y su mensaje superan la filosofía religiosa y la teología del mundo helénico y judío, es que no ha sido inventado por los Evangelistas, es que ha venido de arriba, como dice S. Juan.

Cualesquiera que sean las dudas que asalten a un cristiano que reflexiona, quedan siempre vencidas por la certeza de que Cristo no ha sido inventado. No podía ser obra de novelista este Hijo de Dios que grita en la cruz: Dios mío, Dios mío, ¡por qué me has abandonado? Imposible inventar este Señor todo santo y pureza que se deja besar de una, pecadora pública, este Dios de la gloria que se deja también besar del traidor que lo viene a prender y que calla cuando le escupen en la cara. No, Cristo no ha sido inventado, no es creación de novelistas judíos, griegos, romanos. Cristo, tal y como aparece en los Evangelios, es obra de Dios, existió realmente.

5. La historicidad y la primitiva historia cristiana.

La transformación del mensaje de Cristo y de su fisonomía fué imposible. Examinemos la mentalidad

de los primeros cristianos y el ambiente que rodea al cristianismo durante casi todo el primer siglo.

La mentalidad esencial del cristianismo primitivo es su apego a la tradición, a lo recibido del Señor Jesús. El entero período “paleontológico” de que habla *Harnack*, estriba en el testimonio de los Doce como testigos de Cristo.

Los Doce poseedores del mensaje mesiánico y en torno a ellos todos los fieles. La primitiva Iglesia se distingue por su tradicionalismo y su espíritu social en el mensaje.

Todos los Apóstoles hablan en nombre de los Doce, del Colegio. Bien claro lo dice S. Pablo. Lo que yo predico es lo que predicán los demás, Pedro y Juan y Santiago ¹⁴. En los Evangelios pulsa el corazón de toda la Iglesia. Se oye la profesión de fe de la Comunidad que se estrecha en torno a los Doce.

No sería justo discutir la credibilidad a testigos aislados a tratarlos como impostores, porque creen en los milagros y en lo sobrenatural. Viendo la literatura más antigua cristiana, por ejemplo las cartas de S. Pablo, se ve con qué seriedad se planteaban ellos estas mismas cuestiones que hoy planteamos nosotros sobre la existencia de lo sobrenatural, de la resurrección de Cristo y de los muertos, que es el summum del milagro.

El contraste de la vida disoluta y de alegría bacanal que llevaban los no creyentes con la austeridad y privación de la vida cristiana les hacía examinar el

(14) Gal 2, 2.

por qué de su moral y de su fe. Si Cristo no ha resucitado, tampoco resucitaremos nosotros. Y si no hemos de resucitar, comamos y bebamos que mañana moriremos. Así discurría S. Pablo ¹⁵.

Serios y filósofos por temperamento no eran víctima de sentimentalismos o engaños inconscientes.

Aun como individuos ofrecen las máximas garantías. Pero resulta que el contenido de los Evangelios no se apoya en ellos como individuos. La formación del credo y del decálogo cristiano no es obra de particulares, sino de la Iglesia, de los Doce y de los fieles en torno a ellos. Cristo escoge Doce que sean testigos de lo que han visto. Este Colegio se mantiene siempre unido y compacto. Cuando uno traiciona su misión, Judas, se elige otro tras seria y sincera deliberación, señalado por Dios y compañero también de Jesús. Los primeros fieles se agrupan en torno a los Doce. Pablo sube a Jerusalén para conferenciar con los Doce y confrontar con ellos su doctrina. No quiere sembrar o laborar en vano, esparcir disgregado, separado del tronco común. Todos aprueban su doctrina y le dan las manos en señal de amistad y de confirmación ¹⁶.

A los fieles de Roma les escribe que su Evangelio no difiere del Evangelio que Pedro les ha predicado ¹⁷.

Mucho antes de que Pablo escribiera sus cartas, la Comunidad, el Colegio de los *Doce*, fija lo esencial,

(15) Cor. 15, 32.

(16) Gal. 2, 9.

(17) Rom. 1, 12.

el núcleo del mensaje de Cristo, en fórmulas doctrinales en una especie de profesión de fe bautismal ¹⁸.

Hay que reaccionar contra toda desviación de la tradición, de *"la vía de Cristo"* ¹⁹, de la *"sana doctrina"* ²⁰.

En una comunidad fundada en la palabra del Señor transmitida por los testigos corporativamente no caben evoluciones y transformaciones del mensaje de Jesús, no hay sitio para los sueños del individuo, para las especulaciones y teorías.

Hay un intercambio y contacto continuo de ideas, un control recíproco y autoritario. El que no se conforma con lo recibido va fuera irremisiblemente, como cadáver pútrido que arroja el mar a la orilla. En el mar cristiano, no cabe más agua que la viva de Cristo transmitida por los canales que El mismo se escogió. Así se asegura la historicidad de la doctrina de Cristo. :

En este hecho, independencia absoluta de individuos y de escuelas, tenemos la más fuerte garantía de la pureza del mensaje de Cristo, vivo siempre en el seno de la comunidad. No podía alterarse aun antes de fotografiarse en los escritos.

Es una monstruosidad histórica y psicológica la teoría evolucionista.

Porque los Evangelios nos dan la fe de una comunidad cultural, se creen autorizados para hablar de evolución, de una fe y de una moral "creada por la Comunidad".

(18) Act. 15, 6-29.

(19) I Cor. 4, 17.

(20) I Tim. 6, 3.

Esta teoría desconoce totalmente aquella profunda persuasión, aquella obstinada claridad y rectitud de los primitivos cristianos, aquella férrea adhesión a la palabra recibida del Señor Jesús, aquel ciego seguir por la carretera que arrancaba de Jesús y se continuaba por los Apóstoles y los obispos colegiados. Se ignora el hecho más claro y universalmente atestigüado en toda la literatura cristiana: la tradición ²¹.

El ambiente externo que rodea el cristianismo naciente es otra razón que prueba la imposibilidad absoluta de que el mensaje y la figura de Cristo se adulterara.

Los que conocieron a Jesús en su vida mortal, amigos y enemigos, dan su mano al siglo II y en medio del arco que describen sobre todo el siglo I quedan nuestros Evangelios. Es decir, que nuestros libros se escriben en vida de los que conocieron a Jesús y estaban interesados en que no se cambiase su fisonomía. La cristología de la Iglesia primitiva estaba controlada por los contemporáneos de Jesús. La Crítica liberal cierra los ojos a esta circunstancia histórica. Supone que poco a poco se formó la leyenda y que ésta se impuso en amigos y enemigos.

(21) Cfr. *Adam*, p. 86-88. Recientemente U. Holzmeister ha publicado un artículo, *Relationes de miraculis Christi extra Evangelia Canonica existentes*, VD 21 (1941) 257-263, donde prueba este espíritu conservativo y tradicional del Cristianismo. Fuera de los milagros que cuentan los Evangelios Canónicos, de los *Milagros recibidos* desde el principio, la Iglesia no ha aceptado ningún otro.

En el primitivo Cristianismo faltaba realmente el interés por inventar y aumentar los Milagros de Cristo. Esta es la conclusión del erudito trabajo del P. Holzmeister.

No se puede pintar idealizado el retrato de un personaje, mientras viven los que conocieron sus facciones y líneas vivas, so pena de caer en el ridículo, en las críticas y en las protestas.

Todo pintor que quiere retratar, si ha visto a su personaje, recuerda sus líneas y, si no lo ha visto, pero viven los que lo conocieron, se informa y se atiende a lo que dicen. No inventa. En la obra que se destina al público con aires de objetividad no se puede idealizar mientras viven los testigos.

Gran número de los que habían conocido a Jesús vivían cuando escribieron los Evangelistas.

Egesipo que escribe hacia el año 180 dice que Simón, hijo de Cleofás, de la estirpe de David, sufrió el martirio a principios del siglo II, a la edad de 120 años. Hasta entonces, hace notar Egesipo, la Iglesia Madre de Jerusalén había tenido la suerte de ser gobernada por hombres que habían conocido a Cristo y oído de sus propios labios la verdad divina ²².

El apologista Cuadrato ²³ y Papías ²⁴ nos aseguran que algunos de los que fueron resucitados por el Señor vivieron hasta el tiempo de Adriano (117-138). Por tanto, no sólo cuando escribieron los Sinópticos vivían testigos inmediatos de los hechos, sino aun cuando escribió S. Juan, quien por otra parte no podía escribir cosa distinta de lo que había predicado toda la vida a una con sus colegas en el apostolado.

(22) *Euseb* HE 3, 32 (PG 20, 282).

(23) *Id. ib.* 4, 3 PG 20, 307.

(24) En los fragmentos editados por Von Boor, Leipzig, 1889 p. 180.

¿Cabe en estas circunstancias deformar la historia en su sustancia?

¿Era posible pintar a Jesús como taumaturgo, dueño de la vida y de la muerte, si nada de esto había sido real y objetivo?

¿Qué probabilidad de éxito tenía este castillo legendario entre los que habían vivido la historia de Jesús?

Los milagros de Jesús fueron públicos, se concretan en la narración muchas circunstancias, las ciudades de Corozáin, Betsaida, Cafarnaún, Betania, Naín, Jericó. Hasta la casa misma de Simón Pedro se designa como lugar de una curación instantánea. No se pueden inventar las circunstancias mientras viven los testigos.

Entre los 5.000 que comieron del pan milagrosamente multiplicado ya vivirían algunos hacia el año 465, fecha de los dos últimos Sinópticos. ¡30 años después de los hechos que narran!

Nótese también que en nuestros Evangelios han quedado grabadas las reprensiones que Jesús dirige a la élite dirigente del pueblo judío. Su pasión, su envidia, su falsedad queda al descubierto. Triunfan en un momento y quedan después definitivamente derrotados con la Resurrección del Nazareno.

¿Por qué no hablan y combaten las invenciones de los discípulos? ¿Por qué no explican la falsedad de los milagros que alegan? ¿Por qué no confunden a los predicadores de la nueva religión? ¿Por qué no logran contener el creciente proselitismo? No los refutan; sólo les dicen que no hablen, que callen.

Tienen que resignarse al consejo que les da Gameliel: dejadlos libres, que si no es cosa de Dios, ella misma caerá por su propio peso ²⁵.

Fué profeta el Rabino. Pero salió la profecía al revés de lo que ellos hubieran querido y esperado. Que la cosa se mantuvo en pie y siguió creciendo, porque era de Dios, no invento y entusiasmo humano.

Hay un hecho histórico que nos refiere Josefo, digno de notarse.

Anás, Sumo Sacerdote, juez de Cristo, dice, que fué el mas feliz de todos, porque duró largo tiempo en su Pontificado y porque llegó a ver como sucesores a sus cinco hijos ²⁶.

Esta afirmación del historiador judío es de grande importancia para la apologética del cristianismo. Anás queda muy mal en los Evangelios. Sobrevive a Jesús, le suceden en el pontificado sus cinco hijos, que son testigos de todo el crecer cristiano y con toda su influencia y poder no logran atajar el desarrollo de la nueva religión, que ha arrimado la segur al árbol viejo de la Sinagoga, en torno al cual, como hiedra trepadora, ellos crecen.

El quinto hijo de Anás, llamado Ananos o Anás II, fué hecho Sumo Sacerdote por Agripa II y en el intervalo de Festo y Albino hizo matar a Santiago el Menor. Fué depuesto por esta injusticia, pero vivió hasta la guerra judía, en la que murió a manos de los Idumeos ²⁷.

(25) Act. 5, 34-39.

(26) Antiquit 20, 9 1.

(27) *Felten*, Storia d'Israele, 44, Torino, 1932.

Esta supervivencia de los enemigos mayores del cristianismo y su impotencia moral para contener el empuje arrollador con que nace, es la condena más clara de la teoría de la leyenda.

6. La historicidad y el éxito de los Evangelios

Es un hecho que nuestros Evangelios fueron aceptados por la Iglesia primitiva, como hemos demostrado al tratar de la genuinidad. Fueron *aceptados*, entre otros muchos que se cubrían con nombres de apóstoles. Los que estaban ya dentro del cristianismo reconocieron en los Evangelios la fe que se les había predicado. Los que se convertían al cristianismo los aceptan también como código de fe y de moral superior a cualquier otra filosofía o ciencia sagrada. Todos los aceptan como palabra de Dios, como verdad infalible por la cual es preciso vivir y morir. Los mártires van con ellos al tormento, porque mueren por testimoniar la verdad que dentro se encierra. Los mismos perseguidores se ensañan contra los Evangelios y así tratan de arrancarlos de las manos de los cristianos echándolos al fuego. Nadie duda que los Evangelios con tienen la palabra de Jesús. Por esto son norma absoluta, indefectible, de fe y de costumbres. Por esto se conservan con tan celoso cuidado y su texto llega por tan múltiples maneras hasta nosotros.

¿Es posible conciliar esta estima y veneración de toda la Iglesia con la teoría de las leyendas? ¿Quién dudó jamás de su historicidad?

Las consecuencias de la verdad de los Evangelios eran enormes para los católicos y para los herejes y

sin embargo nadie duda, nadie combate, todos aceptan el valor histórico de estos libros, todos se defienden con ellos, todos combaten con ellos al adversario.

Por los frutos se conoce el árbol. ¿Que libros han producido en la humanidad frutos mas copiosos y más de cielo que los Evangelios? La flor de la humanidad de Cristo a esta parte ha bebido de estos libros lo infinito de sus ideales, el candor de su pureza, su amor a Dios y su amor al prójimo.

“Ninguna otra colección de palabras es comparable con estas cuatro gavillas de trigo celestial, que desde hace setecientos millares de días alimenta y robustece a millones de almas”²⁸.

¿Qué obras han ejercido más *influjo* en toda la humanidad?

“Desde hace diecinueve siglos toda la literatura de los hombres gravita en torno a estos cuatro lacónicos libros. Todas las obras subsiguientes son defensas e ilustraciones del Evangelio y de Cristo; o batalla contra Cristo y el Evangelio. En el sistema del espíritu el Evangelio es el sol, y todos los escritos humanos aparecidos después no son más que planetas o satélites de planetas”²⁹. ¿Se puede admitir o suponer que semejantes obras sean producto de la ignorancia o de la mala fe? El fraude y la ignorancia no pueden dar semejantes frutos de bendición y menos tan duraderos.

La pasión que ha excitado y excitan los Evangelios es enorme. Pasión de amor de parte de los creyentes, pasión de odio de parte de los no creyentes.

(28) G. Papini, p 48.

(29) Id. id. 49. 50.

“Desde que Lessing publicó en 1774 algunos fragmentos de Reimarus, comenzó en Europa la gran ofensiva filológica contra el Evangelio. Regimientos de profesores prusianos, de scholars ingleses, de renegados franceses y judíos internacionales, han intentado, por todos los recursos de la erudición y del sofisma, dismantelar las cuatro murallas que constituyen el castillo del Nuevo Testamento.

Esta ofensiva ha ido presentando, unas tras otras, tesis cada vez más radicales: Los Evangelios no fueron escritos por aquellos cuyos nombres llevan. No son tan antiguos como la Iglesia afirma. ¡La escuela de Tubinga llega en el cuarto hasta el 170! No son obras genuinas, sino tardíos mosaicos, en los que pueden descubrirse contradicciones, alteraciones e interpolaciones. No bastan para probar la existencia histórica de Jesús.

Jesús es un mito sincretista, un mito solar, un mito babilónico. Jesús no ha existido jamás. Y los cuatro Evangelios son novelistas históricas para el uso de los aficionados a la misteriosofía.

La lógica infernal del absurdo, al llegar al vértice de la pirámide escéptica, se ha detenido y se ha despeñado.

No es posible reproducir aquí todas las fases y todas las razones de la derrota. Pero se puede muy bien aseverar, sin temor a ser desmentido, que la gran ofensiva ha fallado para siempre...

Pero esta dura guerra de siglo y medio era necesaria y entra en los designios divinos. A nuevos tiempos, nuevas pruebas. También los tesoros antiguos se recuentan de tiempo en tiempo, y cuando orfebres y lapidarios, después de haber puesto en juego todas

las astucias de una pericia de falsedad, se ven obligados a extender certificados de autenticidad, los cristianos, que no dudan, pueden estar gozosos: la certidumbre que por tantos siglos nació de la humildad y del amor, viene a ser confirmada por el orgullo de la sabiduría. Y después de los fatigosos equilibrios de los Críticos, todavía brilla en la lobreguez del mundo la estrella que condujo los Magos a Belén”³⁰.

En los Evangelios que reconoce la Iglesia católica como auténticos, íntegros e históricos, tenemos *el mensaje* de Cristo tal y como resonó en el desierto, en los caminos y en las aldeas de Palestina hace veinte siglos.

En los Evangelios tenemos *la figura de Cristo* tal y como la vieron sus parientes y sus paisanos, tal y como la adoraron los pastores y la Magdalena, tal como la temieron sus enemigos, tal y como fué visto entre los hombres, lleno de gracia y de verdad.

El verdadero cristiano, ha dicho muy bien Papini³¹, debe ser, en cuanto puede, más aún de lo que puede, el copiadore de Cristo... la sombra de Cristo. No hay para él otro modo de vivir la jornada terrestre como preámbulo de la perpetuidad paradisiaca. El cristianismo no es mas que la imitación de Cristo. Pues Cristo y su palabra está en los Evangelios.

“No tenemos otro deber más que este: deletrear de rodillas los versículos del Evangelio y tomarlo como la orden del día todas las mañanas de esta vida, carcomida a cada instante por la muerte.”

(30) Id. p. 49. 50.

(31) Ib. p. 59.

APÉNDICE

La doctrina de la Iglesia sobre la autenticidad e historicidad de los Evangelios (*)

1. Del autor, del tiempo y de la autenticidad del Evangelio según S. Mateo. (1)

I. Si atendido el consentimiento universal y constante de los primeros siglos de la Iglesia, que claramente demuestran los expresos testimonios de los Padres, los títulos de los Códices de los Evangelios, las versiones aun antiquísimas de los libros sagrados y los catálogos transmitidos por los Santos Padres, por los escritores eclesiásticos, por los Sumos Pontífices y los Concilios, y finalmente, el uso litúrgico de la Iglesia oriental y occi-

(*) Traducción directa del original latino por el P. Bartolomé Bejarano, S. I.

(1) Respuesta de la Comisión Bíblica, 19 de junio de 1911 Cfr. AAS 3 (1911) 294-296; EB 401-407; Dz 2148-2154. Sobre la autoridad de la Comisión Bíblica Cfr Dz 2113 donde está la declaración de Pío X "universos omnes conscientiae obstrigi officio sententiis Pontificalis Consillii de re Bíblica... perinde ac Decretis Sacrarum Congregationum pertinentibus ad doctrinam probatisque a Pontifice, se subiciendi".

Para la explicación de estas respuestas cfr. *L. Méchineau*. *Il Vangelo di S. Matteo secondo le risposte della Commissione Biblica*, Roma, 1917 (estratto della Civiltà Cattolica).

L. Pirot *Evangelies et Commission Biblique*, DB (S), 1219-1297.

dental puede y debe afirmarse que Mateo, Apóstol de Cristo, es verdaderamente el autor del Evangelio divulgado con su nombre?

RESPUESTA: *Afirmativamente.*

II. Si se ha de tener por bastante fundada en el testimonio de la tradición la opinión que sostiene que Mateo precedió en escribir a los demás Evangelistas;

y escribió el primer Evangelio en la lengua nativa usada a la sazón por los judíos palestinos, a quienes la obra iba dirigida?

RESPUESTA: *Afirmativamente a una a otra parte.*

III. Si la redacción de este texto original puede colocarse más allá del tiempo de la destrucción de Jerusalén, de manera que los vaticinios que de ella allí se leen se hayan escrito después del suceso;

o el testimonio de Ireneo (Adv. haer. lib. 3 cap. I, n. 2) que suele alegarse de interpretación incierta y controvertida, se ha de juzgar de tanto peso, que obligue a rechazar la opinión de aquellos que, más en conformidad con la tradición, juzgan que dicha redacción se terminó aun antes de la venida de Pablo a Roma?

RESPUESTA: *Negativamente a las dos partes.*

IV. Si puede sostenerse con alguna probabilidad la opinión de algunos modernos, según la cual Mateo no habría escrito propia y estrictamente el Evangelio tal cual se nos ha transmitido, sino solamente *una colección de dichos o sermones de Cristo*, de los cuales hubiera usado como de

fuentes otro autor anónimo, a quien tienen por redactor del mismo Evangelio?

RESPUESTA: *Negativamente.*

V. Si por el mero hecho de que los Padres y todos los escritores eclesiásticos, y aun la misma Iglesia ya desde el principio han empleado únicamente como canónico el texto griego del Evangelio conocido con el nombre de Mateo, sin exceptuar a los que expresamente afirmaron que el Apóstol Mateo había escrito en su idioma patrio, puede probarse con certeza que el mismo *Evangelio griego es idéntico en lo substancial al escrito por el mismo Apóstol en su lengua patria?*

RESPUESTA: *Afirmativamente.*

VI. Si de que el autor del primer Evangelio pretenda el fin principalmente dogmático y apologético de probar a los judíos que Jesús es el Mesías anunciado por los profetas y oriundo de la familia de David, y porque además en la disposición de los *hechos y dichos* que narra, no sigue siempre el orden cronológico: es lícito deducir de aquí que aquellos *no se han de admitir como verdaderos;*

o se puede afirmar también que las narraciones de los hechos y sermones de Cristo, que en el mismo Evangelio se leen, *han sufrido alguna alteración y adaptación* por influencias de las profecías del Antiguo Testamento y de un estado más desarrollado de la Iglesia y que por tanto no están de acuerdo con la verdad histórica?

RESPUESTA: *Negativamente a entrambas partes.*

VII. Si en especial se han de juzgar destituídas de sólido fundamento las opiniones de aquellos que dudan de la *autenticidad histórica de los dos primeros capítulos*, en que se narran *la genealogía y la infancia de Cristo*, como también de algunas *frases de gran importancia dogmática*, como las relativas al primado de Pedro (Mt 16, 17-19), a la forma de bautizar con la universal misión de predicar encomendada a los Apóstoles (Mt 28, 19 20), y a la profesión de fe de los Apóstoles sobre la divinidad de Cristo (Mt 14; 33), y otra semejantes; que en Mateo peculiarmente se encuentran enunciadas?

RESPUESTA: *Afirmativamente.*

2. Del autor, del tiempo en que fueron escritos y de la verdad histórica de los Evangelios según Marcos y según Lucas.⁽²⁾

I. Si la atestación clara de la tradición, ya desde los principios de la Iglesia maravillosamente concorde y apoyada en múltiples argumentos, es a saber, en el expreso testimonio de los Santos Padres y de los escritores eclesiásticos, en las citas y alusiones que en sus obras se encuentran, en el uso de los antiguos herejes, en las versiones de los Libros del Nuevo Testamento, en casi todos los Códices manuscritos antiquísimos y en razones internas tomadas del mismo texto de los Libros sagrados, nos fuerza a afirmar con certidumbre que *Marcos discípulo e intér-*

(2) AAS 4 (1912) 463-465; Dz 2155-2163.

Cfr. L. Méchineau, I Vangeli di S. Marco e di S. Luca e la questione Sinottica secondo le risposte della Commissione Biblica, Roma 1913.

prete de Pedro, y Lucas, oyente u compañero de Pablo, son en verdad autores de los Evangelios que respectivamente se les atribuyen?

RESPUESTA: *Afirmativamente.*

II. Si las razones con que algunos críticos pretenden demostrar que los doce últimos versos del Evangelio de Marcos (Mc 16, 9-20) no fueron escritos por el mismo Marcos, sino adicionados de mano ajena son tales, que den derecho a afirmar que no se han de admitir como inspirados y canónicos;

o demuestran al menos que Marcos no es autor de dichos versos?

RESPUESTA: *Negativamente a entrambas partes.*

III. Si es asimismo lícito dudar de la inspiración y canonicidad de las narraciones de Lucas acerca de la infancia de Cristo (Lc 1, 2-); o de la aparición del ángel confortándole del sudor de sangre (Lc 22, 43s); o se puede al menos demostrar con razones sólidas –según opinaron algunos antiguos herejes con la aprobación de ciertos críticos modernos– que dichas narraciones no pertenecen al genuino Evangelio de Lucas?

RESPUESTA: *Negativamente.*

IV. Si los documentos rarísimos y enteramente singulares en que se atribuye el cántico *Magnificat*, no a la bienaventurada Virgen María, sino a Isabel, pueden en modo alguno prevalecer contra el concorde testimonio de casi todos los Códices, así del texto original, como de las Versio-

nes, y contra la interpretación que plenamente exigen no menos el contexto, que la intención de la misma Virgen y la tradición constante de la Iglesia?

RESPUESTA: *Negativamente.*

V. Si es lícito en cuanto al orden cronológico de los Evangelios apartarse de aquella sentencia que; fundada en el antiquísimo y constante testimonio de la tradición, atestigua que después de Mateo; que escribió el primero de todos en su lengua nativa, escribió el segundo Marcos y el tercero Lucas;

o se ha de juzgar que va contra este sentir la opinión que afirma que el segundo y el tercer Evangelio fueron compuestos antes que la versión griega del primer Evangelio?

RESPUESTA: *Negativamente a las dos partes.*

VI. Si es lícito diferir el tiempo de la composición de los Evangelios de Marcos y de Lucas hasta la destrucción de la ciudad de Jerusalén;

o, a causa de hallarse más determinada en Lucas la profecía del Señor acerca de la destrucción de esta ciudad, se puede sostener que su Evangelio al menos se escribió comenzado ya el asedio?

RESPUESTA: *Negativamente a ambas partes.*

VII. Si debe afirmarse que el Evangelio de Lucas precedió al libro de los *Hechos de los Apóstoles*; y que, habiéndose terminado este libro, testigo Lucas (Act ss), al fin de la prisión romana del Apóstol (Act 28. 30 ss), no se compuso su Evangelio después de esta fecha?

RESPUESTA: *Afirmativamente.*

VIII. Si, en vista así de los testimonios de la tradición como de los argumentos internos, en cuanto a las fuentes que emplearon los dos Evangelistas al escribir sus Evangelios, se puede dudar de la sentencia que sostiene que *Marcos escribió según la predicación de Pedro, Lucas según la de Pablo*; y al mismo tiempo afirma que ambos Evangelistas tuvieron a su disposición otras fuentes fidedignas tanto orales como escritas ?

RESPUESTA: *Negativamente.*

IX. Si los dichos y hechos que, según la predicación de Pedro, esmerada y gráficamente narra *Marcos*, y sincerísimamente expone *Lucas informado exactamente de todo desde su origen* por testigos enteramente fidedignos, que fueron desde el principio testigos oculares ministros de la palabra (Lc 1, 2ss), reclaman con derecho aquella *plena fe histórica*, que les prestó siempre la Iglesia;

o por el contrario esos mismos hechos y sucesos se han de juzgar al menos en parte destituídos de verdad histórica, ya porque los autores no fueron testigos de vista, ya por hallarse no raras veces en ambos Evangelistas falta de orden y discrepancia en la sucesión de los hechos; ya porque, habiendo llegado y escrito más tarde, debieron traer concepciones ajenas a la mente de Cristo y de los Apóstoles o hechos más o menos falseados, ya por la imaginación del pueblo o finalmente por haberse dejado llevar, cada cual según su propósito, de diversos prejuicios dogmáticos?

RESPUESTA: *Afirmativamente a la primera parte; negativamente a la segunda.*

3. De la cuestión sinóptica o sea de las mutuas relaciones de los tres primeros Evangelios. ⁽³⁾

I. Si, guardando lo que ha de guardarse según lo anteriormente resuelto, especialmente acerca de la autenticidad e integridad de los tres Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, de la identidad substancial del Evangelio griego de Mateo con su primitivo original, y del orden cronológico con que aquellos se escribieron; para explicar sus mutuas semejanzas o desemejanzas entre tantas y tan diversas y opuestas sentencias de los autores, es lícito a los expositores disputar y apelar a la hipótesis de la tradición oral o escrita o también a la dependencia de los Evangelios mismos entre sí?

RESPUESTA: Afirmativamente.

II. Si se ha de juzgar que guarden los precedentes decretos aquellos que, sin fundarse en testimonio alguno de la tradición ni en argumentos históricos, fácilmente abrazan la hipótesis vulgarmente llamada de las dos fuentes; que pretende explicar la composición del Evangelio griego de Mateo y del Evangelio de Lucas principalmente por la dependencia de entrambos del Evangelio de Marcos y de la colección llamada de los *Sermones del Señor*; y pueden por tanto defenderla libremente?

RESPUESTA: *Negativamente a las dos partes.*

(3) AAS 4 (1912) 465; EB 417; Dz 2164.

4. Del autor y de la verdad histórico del Cuarto Evangelio⁽⁴⁾

I. Si la tradición constante, universal y solemne de la Iglesia vigente ya desde el siglo II, según se saca sobre todo:

a) de los testimonios y alusiones de los SS. Padres, escritores eclesiásticos y hasta de los mismos herejes que, habiendo debido derivarse por precisión de los discípulos de los Apóstoles o de sus primeros sucesores, se enlazan necesariamente con el origen mismo del libro;

b) del nombre universalmente recibido siempre del autor del cuarto Evangelio en el Canon y en los catálogos de los Libros sagrados;

c) de los antiquísimos manuscritos, códices y versiones a varias lenguas de los mismos sagrados Libros;

d) del público uso litúrgico vigente ya en todo el arte desde los orígenes de la Iglesia; prescindiendo del argumento teológico se demuestra con tan sólido argumento histórico que el Apóstol S. Juan y no otro ha de ser tenido por autor del cuarto Evangelio, que las razones aducidas por los críticos en nada desvirtúan esta tradición?

RESPUESTA: *Afirmativamente.*

II. Si además las razones internas sacadas del texto del cuarto Evangelio considerado separadamente, por el testimonio del escritor y por el manifiesto parentesco del mismo Evangelio con la I Epístola del Apóstol Juan se han de juzgar confirmativas de la tradición que atribuye sin duda ninguna al mismo Apóstol el cuarto Evangelio y si las dificultades tomadas de la comparación del mismo Evan-

(4) ASS 40 (1907 383-s; EB 180-182; Dz 2110-2112.

gelio con los otros tres, teniendo en cuenta la diversidad de tiempo, de fin y de oyentes, por los cuales o contra los cuales escribió el autor, pueden resolverse razonablemente, como lo han hecho los SS. Padres, y los expositores católicos?

RESPUESTAS: *Afirmativamente a las dos partes.*

III. Si, no obstante la practica constantísimamente vigente desde el principio en toda la Iglesia de argüir con el cuarto Evangelio como documento propiamente histórico, considerada no obstante la índole peculiar del mismo Evangelio y la manifiesta intención de su autor de ilustrar y de probar la divinidad de Cristo por los mismos hechos y sermones del Señor, se puede decir que los hechos narrados en el cuarto Evangelio fueron inventados en todo o en parte para que fuesen *alegorías* o *símbolos* doctrinales y que los *Sermones del Señor* no son verdadera y propiamente sermones del mismo Señor, sino *composiciones teológicas del escritor*, aunque puestas en boca del Señor?

RESPUESTA: *Negativamente.*

5. Motu proprio "Praestancia Scripturae Sacrae", sobre el valor de los decretos de la Pontificia Comisión Bíblica, 18 del 11 de 1907.

San Pío X, refiriéndose a los decretos precedentes, aprobó este nuevo decreto, del que entresacamos lo siguiente:

"Tras largos dictámenes y cuidadosas consultas, el Pontificio Consejo de Asuntos Bíblicos ha publicado felizmen-

te algunos decretos utilísimos para promover los verdaderos estudios bíblicos y para dirigirlos con norma segura. Pero venimos observando que no faltan quienes, demasiado propensos a opiniones y a métodos viciados de peligrosas novedades y llevados de un afán excesivo de falsa libertad, que no es sino libertinaje intemperante y que se muestra insidiosísima contra las doctrinas sagradas y fecunda en grandes males contra la pureza de la fe, no ha aceptado o no aceptan con la reverencia debida dichos decretos de la Comisión, a pesar de ir aprobados por el Pontífice.

Por lo cual estimamos que se debe declarar y madar, como al presenté declaramos y expresamente mandamos, que todos estén obligados en conciencia a someterse a las sentencias del Pontificio Consejo de Asuntos Bíblicos hasta ahora publicados o que en adelante se publiquen...; y que no pueden evitar la nota de obediencia denegada y de temeridad, ni, por tanto, excusarse de culpa grave, quienes impugnen de palabra o por escrito dichas sentencias; y esto aparte del escándalo en que incurran y de las demás cosas en que puedan faltar ante Dios...”